

calibrite

colorchecker CLASSIC



FA-943(3)

JERÓNIMO VAN AKEN (EL BOSCO)

POR

EL CONDE DE CEDILLO, VIZCONDE DE PALAZUELOS

Con el mismo título que encabeza estas líneas, ha publicado en *Historia y Arte* el ilustrado crítico Sr. Danvila Jaldero, un bien escrito artículo (1) á que acompañan dos hermosas fototipias, reproducción de otros tantos cuadros del célebre artista neerlandés conocido por *el Bosco*. Nada replicaría ú objetaría yo á dicho artículo, cualesquiera que fuesen las opiniones crítico-artísticas en él sustentadas, á no aludirse en él directa y reiteradamente á mi modesta personalidad literaria, ó, más bien, á conceptos por mí emitidos en un trabajo que consagré al estudio de algunas producciones pictóricas de Jerónimo Van Aken (2). El Sr. Danvila cita, en efecto, mi trabajo aplicándole un honroso calificativo, y dedica á mi persona frases que estimo y agradezco; pero como partiendo de la base de algunas opinio-

(1) Vid. pág. 169 de esta Revista, que acaba de terminar su publicación.

(2) *Jerónimo Bosch, estudiado en sus cuadros del Museo de Prado, y de la Exposición histórico-europea de Madrid*, artículos publicados en el *Boletín de la Sociedad española de excursiones* tomo I, págs. 117 y 141.



R. 25373

SANTUARIOS

ESPAÑOLES

I.V.

FA-943(3)

F

JERÓNIMO VAN AKEN (EL BOSCO)

POR

EL CONDE DE CEDILLO, VIZCONDE DE PALAZUELOS

Con el mismo título que encabeza estas líneas, ha publicado en *Historia y Arte* el ilustrado crítico Sr. Danvila Jaldero, un bien escrito artículo (1) á que acompañan dos hermosas fototipias, reproducción de otros tantos cuadros del célebre artista neerlandés conocido por *el Bosco*. Nada replicaría ú objetaría yo á dicho artículo, cualesquiera que fuesen las opiniones crítico-artísticas en él sustentadas, á no aludirse en él directa y reiteradamente á mi modesta personalidad literaria, ó, más bien, á conceptos por mí emitidos en un trabajo que consagré al estudio de algunas producciones pictóricas de Jerónimo Van Aken (2). El Sr. Danvila cita, en efecto, mi trabajo aplicándole un honroso calificativo, y dedica á mi persona frases que estimo y agradezco; pero como partiendo de la base de algunas opinio-

(1) Vid. pág. 169 de esta Revista, que acaba de terminar su publicación.

(2) *Jerónimo Bosch, estudiado en sus cuadros del Museo de Prado, y de la Exposición histórico-europea de Madrid*, artículos publicados en el *Boletín de la Sociedad española de excursiones*, tomo I, págs. 117 y 141.



R. 25373

MCD 2022-L5

nes mías, con las que el articulista se muestra de todo punto disconforme, el artículo, quizá encaminado á ser un texto explicativo y crítico de dos cuadros del Bosco, sólo es en el fondo un continuado comentario de mi antes citado trabajo; por tanto, ha de permitir el Sr. Danvila que intente por mi parte robustecer con pruebas mis opiniones, y rectificar ciertos conceptos que en su artículo aparecen, y que podrían muy bien inducir á error á los lectores acerca de algo que sobre el Bosco pienso y tengo escrito.

Califiqué yo á aquel artista de pintor religioso, moralista espontáneo y sincero, añadiendo que «acaso alguno de sus cuadros produjo en su época más conversiones que el mejor sermón de Cuaresma.» El Sr. Danvila ha dado más alcance del que en sí tiene á esta frase mía, en que hace hincapié citándola más de una vez para rebatirla. Al estamparla cometí yo á sabiendas la figura retórica llamada *hipérbole*; y á nadie que lea mi trabajo, creo se le habrá de ocultar el sentido hiperbólico y un tantico humorístico de la frase, cuyas mismas palabras lo dan así á entender. La mejor prueba del sentido no categórico y absoluto, sino muy hipotético y relativo de la tal frase, estriba en el *acaso* de que la acompañé intencionadamente. ¿Ni cómo había yo de afirmar, así en seco y en redondo, que una obra pictórica, ya fuese del Bosco, ya de otro cualquier artista, había de ejercer en los espectadores más influencia que sobre el ánimo de sus oyentes la inflamada palabra de esos apóstoles de la fe y de la moral, de un Vicente Ferrer ó un Diego José de Cádiz, cuyo dominio sobre las muchedumbres era tan irresistible? Entiéndase, pues, mi frase con el

significado que le di y sin atribuirle una generalidad y trascendencia de que caee.

Dejando esto á un lado, como de pequeñísima importancia que es, abordemos la cuestión principal, á saber: si puede considerarse al Bosco como pintor religioso y moralista. El Sr. Danvila opina que no, fundado en varias razones de que luego me haré cargo, y en una frase de Taine, que por cierto ya cité en mi trabajo para reatirla. Yo creo y sostengo lo contrario; veo en el Bosco un cultivador de la pintura moralista y religiosa. Pero ¿cómo lo creo y lo he sostenido? ¿Es que he afirmado que el pincel del Bosco es *siempre* religioso y moralista? Al juzgar por lo que dice el Sr. Danvila, cualquiera que lea su artículo, creerá que sí. Sin embargo, que esto no es exacto, quedará patente con la reproducción de un párrafo del mío. Después de asentar que Bosch es el verdadero creador y más genuino representante del género fantástico en pintura, agregaba yo lo siguiente: «Pero no se crea que despreció los demás géneros. Los títulos de sus obras desaparecidas, así en España como en el extranjero, y las que entre nosotros se conservan, acreditanle como hombre aficionado á cultivar los más opuestos asuntos. El Antiguo Testamento le suministró escenas en que poder evidenciar sus dotes de pintor histórico-religioso. La vida y pasión de Jesucristo inspiróle bellísimas creaciones en que supo emular el sentimiento de Van der Weyden y la delicadeza de Memling. La musa filosófica y moral sugirióle composiciones inspiradas, ora en lo misterioso, ora en lo terrible, ora en lo cómico, tales como sus fantasías sobre la vanidad del mundo, los suplicios del infierno, el

juicio final ó las tentaciones de San Antonio. La musa retozona y saírica dictó á su pincel escenas tan ridículas por su fondo como los banquetes y conciertos grotescos episodios propios de la baja vida flamenca, verdaderos sainetes pictóricos, que hacen de Bosch el predecesor de los Teniers y Van Ostade, y aun, hasta cierto punto, de nuestro genial Goya.» Sí, pues, según mi texto transcrito, el Bosco *no despreció ningún género pictórico, si cultivó los más opuestos asuntos, si inspirado por su retozona y satírica musa, pintó escenas por su fondo ridículas, tales como los banquetes y conciertos grotescos*, no acierto á comprender cómo pueda insinuarse que haya yo atribuido á Van Aken el constante carácter de pintor religioso y moralista. Ni por un momento siquiera me es permitido dudar de la buena fe del señor Danvila; permítame en cambio que dude, en vista de lo expuesto, de la atención que prestó á la lectura de mi artículo, cuyo sentido desnaturaliza, entiendo que inadvertidamente.

Veamos ahora si *en ciertas producciones suyas* (no en todas) puede y debe considerarse al Bosco como pintor religioso. El Sr. Danvila, dice que es imposible calificarle como tal, «no sólo porque los asuntos de tal índole son los menos entre sus cuadros, sino porque aun en ellos el maestro holandés llevó la extravagancia y la caricatura hasta el extremo de que difícilmente puede el observador darse cuenta de que se trata de trasportar su ánimo á la contemplación de las escenas más culminantes del Antiguo ó Nuevo Testamento.» A lo primero replíco, que, aun dado caso que los cuadros religiosos constituyesen el menor número entre los del Bosco

(lo cual no no es exacto) (1), todavía no podría despojarse á este autor del carácter de pintor de aquella índole. Pintor religioso, por ejemplo, en Rubens en su *Crucifixión* y en su *Descendimiento*, como lo es Velázquez en su célebre *Crucifijo*, á pesar de que la mayoría de los cuadros de estos autores tienen muy otro carácter.

Cuanto á lo segundo, tampoco puedo avenirme con la opinión del articulista. Ese *Jesús*, ese *Ecce Homo* de la tabla de El Escorial, personaje realista, Dios humanado, atado, coronado de espinas, rodeado de sayones que le escarnecen, impresiona fuertemente al espectador, *habla á los ojos* y al entendimiento de las penas físicas y morales del Redentor del mundo. Esa bellísima doncella que representa á la Virgen en *La Adoración de los Magos*, del Museo del Prado, es un personaje sincero, verdadero, espiritual, religioso en toda la acepción de la palabra, no obstante el sello humano y aun familiar que campea en toda la composición, prestándole uno de sus indudables encantos. Personajes religiosos son también en la misma obra los Magos, el caballero y la dama arrodillados y la santa que se ve tras ésta. Ni

(1) Véase, en corroboración de mi aserto, el Catálogo de obras, del Bosco que trae Michiels (*Histoire de la peinture flamande*, tomo IV, pág. 226 y siguientes). Aunque incompleto este *Catálogo*, pues faltan en él algunas obras reconocidamente de Van Aken, y aunque equivocado en algún punto concreto (como la atribución á dicho artista del *Triunfo de la muerte*, obra de Pieter Brueghel, que existe en nuestro Museo Nacional), es suficiente á demostrar con su lectura que la inmensa mayoría de los cuadros del Bosco de que se tiene noticia (ora se conservan, ora se hayan perdido), son de asunto religioso, predominando las escenas del Antiguo Testamento, las de la Pasión y muerte de Cristo y las tentaciones de San Antonio.

la afición á la extravagancia y la caricatura, propia del Bosco, impide al observador darse cuenta de que se trata de trasportarle á la contemplación de escenas religiosas y bíblicas. Examinense, por ejemplo, los cuadros del Museo del Prado designados con los números 1.179 y 1.180, y dígaseme si, á pesar de los mil detalles y accesorios que en ellos figuran, no aparece bien patente y clara la caída de los ángeles rebeldes, la creación de Adán y Eva, la tentación y caída de Adán y su expulsión del Paraíso terrenal. Por otra parte, basta que el pintor haya representado á los protagonistas y personajes respetables de sus obras religiosas con el decoro y gravedad que les corresponden, y el efecto sobre el espectador habrá de ser un hecho, aunque los personajes antipáticos ó los indiferentes que entren en la composición sean extravagantes y aun grotescos. Claro se ve en los cuadros de nuestro Museo nacional números 1.176 y 1.178 que se trata de representar las *Tentaciones de San Antonio*, y las dos figuras del Santo (una de ellas, por cierto, primorosamente hecha), nada tienen de grotescas, antes bien, son dignas y apropiadas al asunto.

Michiels cita un cuadro del Bosco, que poseía un aficionado de Harlem. Un monje disputaba con varios herejes acerca de la verdad de los respectivos principios; uno y otros arrojaban sus libros á una hoguera, y mientras los de los incrédulos ardían, el del creyente librábase del fuego elevándose por los aires. El santo religioso y sus amigos distinguíase por la nobleza de su porte, y los heterodoxos por sus rostros y gestos ridículos. ¿Quiérese, pues, mayor sinceridad religiosa por parte del artista?

El espíritu y la intención del Bosco no dan lugar á dudas. Al representar, por tan grotesca manera, á aquellos disputadores incrédulos, como al caracterizar por ridículos y repugnantes á los sayones que rodean á Jesús en la antes citada tabla de El Escorial, el Bosco se propuso, ante todo, enaltecer la religión católica y zaherir la herejía, realzar más y más la figura moral y física del Redentor, contraponiéndola á las de sus verdugos.

A negar el articulista la sinceridad religiosa de los cuadros de Van Aken, al considerar al artista como un espíritu satírico y burlón, preséntale poco menos que como un volteriano de aquella época. Hasta en la circunstancia de haber muerto en 1516, año en que Lutero comenzó á esparcir las semillas de la Reforma, parece hallar un argumento para poner en tela de juicio su ortodoxia. Por mi parte, más bien veo en este hecho una confirmación de su catolicismo, pues nadie ha dicho ni es creible que los vientos reformistas de Wittenberg azotaran tan pronto la ciudad de Bois-le-Duc, á más de que hasta el año 1523, no se sintieron verdaderamente los efectos de la reforma en Holanda, con el establecimiento de la Inquisición y las ejecuciones de algunos protestantes. Dije en mi controvertido artículo, que si viviera Bosch hoy en día, admiraríase seguramente al conocer el concepto que de él han formado algunos críticos modernos; afirmación que de nuevo cabe repetir en contraposición de las opiniones del Sr. Danvila. ¿Cómo es posible considerar heterodoxo al congregante asiduo de la Cofradía de Nuestra Señora de su ciudad natal, á la que sólo abandonó al abandonar la vida? ¿Cómo al piadoso pintor y decorador del

templo católico de San Juan en la misma ciudad? ¿Al protegido de la catolicísima casa de Austria, y principalmente de Felipe el Hermoso? ¿Al tan apreciado en sus obras por Felipe II, cuyo nombre excusa todo comentario? Si el espíritu del Bosco fué burlón y satírico, su sátira y su burla no se asentarón nunca de cerca ni de lejos contra la religión que profesaba. Nada hay en sus obras que permita afirmar lo contrario. Ni se traigan á colación las representaciones inconvenientes de algunos individuos de las Ordenes religiosas, que, efectivamente, aparecen en varios cuadros suyos. Sobre que de la inconveniencia y de la sátira á la negación y al descreimiento hay cien leguas de distancia, si por esta razón se acusa al Bosco, de análogo delito y por idéntico motivo habrá que acusar á aquellos artistas medioevales que, como dice muy bien el señor Danvila, «en los capiteles y gárgolas de los edificios, en los bajo-relieves de las sillas de coro y hasta en las miniaturas de los códices litúrgicos nos han dejado tantas muestras de su poderosa imaginación y de su fantasía, cuando no de su audacia satírica y de su grosería chocarrera.» Extremando el argumento, y siguiendo distinto rumbo, podría acusarse de heterodoxia al autor de nuestra *Danza general de la muerte*, poema en cuyas estrofas abundan las frases irrespetuosas (y algo más) para Cardenales, Arzobispos, Obispos, abades, curas y subdiáconos. Habría que acusar igualmente á nuestro Juan Lorenzo de Segura, que habló mal de los clérigos; el Arcipreste de Hita, que dedica á curas y monjas frases que podrían echarse á muy mala parte; á Pero López de Ayala, que no se recató de xituperar en su

Rimado de Palacio á los Prelados indignos; y á tantos y tantos otros cristianísimos ingenios antiguos y modernos, el célebre jesuíta Isla, por ejemplo, por cuyo *Gerundio de Campazas* habría de acusársele de escarnecedor de frailes y Comunidades religiosas, y aun de impío, como ya se le acusó en su tiempo. De lo infundadas que ahora y siempre serían tales acusaciones, nada diré por lo notorio del caso: y la misma validez habrían de alcanzar las formuladas contra el Bosco.

A más de sincero pintor religioso, fué también este pintor moralista, y hay que insistir en ello no obstante el parecer en contrario del Sr. Danyila. El cual exclama: «¿Qué enseñanza, ejemplo, ni doctrina alguna se encuentra en aquellos disparatados ensueños? ¿Quién será capaz de afirmar que aquellos seres fantásticos, aquellos endriagos que á centenares pueblan las tablas de El Escorial y del Museo del Prado, todos ellos monstruosos, ejecutando mil acciones incoherentes y sin relación alguna entre sí, son los símbolos que caracterizan los vicios y deleites mundanos y su castigo, cuando no las más altas ideas de filosofía moral?» Dispénsese el señor crítico; ni con cien leguas puedo aproximarme á su opinión. Fijémonos únicamente, para no divagar ni hacer interminable este artículo, en el gran tríptico de El Escorial, obra de las más características del Bosco, y que con el número 33 figuró en la sala XVI de la Exposición histórico-europea. La composición es un gigantesco dédalo, un enmarañado *maremagnum*, en que la desbordada fantasía del artista in-

currió en grandes exageraciones y extravagancias; y esto ya lo hice notar en mi descripción de los cuadros de aquel autor existentes en la Exposición Europea y en el Museo del Prado. Pero esto no obstante, y no obstante esas mil acciones incoherentes sobre que ninguna idea ve flotar el Sr. Danvila, ¿no están claramente simbolizados en la parte inferior de la tabla central los distintos vicios humanos, y en particular la gula y la lujuria? ¿No se representan con toda trasparencia en la tabla derecha los suplicios del infierno, con sus numerosos cortejos de atormentadores y atormentados, de demonios y réprobos? ¿No es, pues, esta una composición simbólica? Léase mi descripción del tríptico, en la que creo no haber perdonado detalle importante; ó bien, lo que es preferible, véase, estúdiense el tríptico mismo, y tras un examen atento, entiendo que habrá de disiparse toda duda sobre el particular.

Ahora bien; esos seres fantásticos, esos endriagos que á centenares cubren las tablas del Bosco, encierran, ó por mejor decir, encerraron una peculiar enseñanza para el público indocto é impresionable de fines de la Edad Media y principios de la moderna: la enseñanza y la idea moral, amalgamada á las veces con el humorismo y aun con la extravagancia, y marcada siempre con el sello original y *sui generis* del expositor. Podrá ponerse en tela de juicio la bondad ú oportunidad de los procedimientos empleados por el artista, podrá afirmarse que el camino por él seguido no era el más serio y apropiado al desarrollo de la idea moralizadora. Sin sostener de lleno lo contrario, preguntaré yo: ¿acaso sólo puede exponerse y difundirse la moral desde

un púlpito? Si así lo hubieran creído los humanos, ni Aristófanes hubiera escrito sus comedias, en escarnio de personajes ridículos, muchedumbres corrompidas y políticos inmorales, ni Juvenal habría tronado en sus sátiras contra la perversidad y el desenfreno de la Roma imperial, ni existiría un arte docente, ni la clásica máxima *Castigat ridendo mores* jamás se hubiera estampado, ni en nuestros tiempos el académico P. Fernández habría perdido el suyo en escribir sus hermosas *Fábulas ascéticas*.

Los cuadros fantástico-morales del Bosco, antojánsese hermanos gemelos de esas *danzas macabras*, de esas *danzas de la muerte* que tanto caracterizaron las diversas literaturas de la Edad Media; ficciones al parecer ridículas, pero que en el fondo encierran un pensamiento altamente religioso, filosófico y moral, una idea trascendental y aun terrible. Lo que el poeta procuraba con la pluma, pregonábalo el artista con el pincel; si el procedimiento era distinto, los móviles fueron análogos ó semejantes, ya que no idénticos.

Conviene, además, para juzgar rectamente al Bosco, no examinar sus obras de tendencia moralista á través del cristal que se emplea en nuestros tiempos. Modas, usos, tendencias, opiniones, todo pasa y todo se renueva; lo que á nuestros antepasados pareció el colmo del buen gusto, suele figurársenos ridículo; y por aceptables, cómodas y naturales adoptamos prácticas que en otros siglos ó en otras sociedades hubieran sido rechazadas. No dudo que ciertos cuadros del Bosco habrán provocado chistes y carcajadas á granel, como dice el articulista; pero no afirmaré tampoco que la carcajada y el chiste

fueron el único efímero fruto conseguido por el artista en aquellos buenos septentrionales y castellanos á quien tan gráficos documentos iban enderezados.

Soy por naturaleza enemigo de ver en todas partes misterios, arcanos y sentidos ocultos; pero en el caso presente no es posible creer que el Bosco sólo fué un loco, estrafalario, un extravagante, sin chispa de meollo ni de sindéresis, pues tal habría sido forzosamente si en sus composiciones sólo viéramos montones de figuras sin ilación entre si, *acciones incoherentes y disparatados ensueños*.

Rechazo por igual los dos extremos en lo relativo á la obra de nuestro artista; ni Bosco siempre sacerdote de la idea moral y religiosa, ni Bosco ayuno siempre de tales ideas, y lo que es más, incoherente y disparatado. Entre estas opiniones extremas existe un término medio razonable, que estriba en la variedad de géneros y asuntos en que se ejercitó el flexible pintor neerlandés. Sinceramente creo que ni le ha estudiado con atención, ni menos le ha entendido, el que sostenga cualquiera opinión extrema.

Llegamos ya á las dos tablas del Bosco reproducidas por esta Revista, y sobre las que el Sr. Danvila pasó bien á la ligera, no obstante constituir el pretexto de su artículo. En los míos publicados en el *Boletín de la Sociedad española de Excursiones*, describí ambas tablas prolijamente, asignándoles los calificativos de *Concierto grotesco* y *Final de un banquete burlesco*, títulos, por cierto, á los cuales se asemejan bastante los de *Banquete grotesco* y *Fantasia burlesca*, que propone para las tablas el Sr. Danvila.

Sobre tan nimia cuestión como la de si el banquete ha de ser *burlesco* ó *grotesco*, etc., nada apuntaré ahora. Pero refiriéndose á los cuadros dice el articulista: «Ahí los tienes, lector amigo; examínalos atentamente, analízalos en todos sus detalles, y si, como resultado de tus investigaciones, les encuentras una explicación racional, convincente y defendible en buena lógica, que permita atribuir á Van Aken el dictado de pintor religioso y moralista, entonces confesaré sinceramente mi equivocación al no ver en el Bosco más que un artista originalísimo, satírico en algunas ocasiones y siempre fantástico y humorístico.» Hé aquí una directa alusión que me endereza al articulista, insinuando al lector que yo atribuí finalidad moral ó religiosa á las dos tablas de que se trata. Sin embargo, y no obstante esa insinuación gratuita, la verdad es que ni de cerca ni de lejos apliqué yo semejante finalidad ni alcance á aquellas composiciones. Lea el Sr. Danvila mi descripción, que no trascibo por verdármelo la falta de espacio; por su lectura habrá de convencerse de que sólo consideré á los cuadros como obras meramente burlescas.

Y pues que de este punto trato, no desperdiciaré la ocasión sin advertir que si hasta aquí no he atribuído intención moral ó religiosa á los dos cuadros, tampoco me arrestaría á afirmar en absoluto que ninguna intención ó alusión hay encerrada en ellos. ¿Sabemos acaso con qué ocasión ó motivo pintó el Bosco esos cuadros? ¿Osaríamos sostener la imposibilidad de que en ninguno de sus argumentos ó personajes se satirizase á alguna familia ó á algún individuo, alto ó bajo, de aquella época? Más avanza

un amigo mío, el conocido arqueólogo Sr. Sente-nach, el cual, fundado principalmente en el nimbo que se divisa sobre el principal personaje de la tabla sucesivamente designada por mí y por el señor Danvila con los calificativos de *Concierto grotesco* y *Fantasia burlesca*, no sólo ve intención en el cuadro, sino que hasta cree que lo que allí quiso representar el artista fué *las tentaciones de San Antonio*.

Resumiendo, pues, los eytremos en que vengo ocupándome con el único objeto de robustecer ó aclarar opiniones por mí sustentadas, ó conceptos á mí atribuidos, terminaré afirmando:

Primero. Que por la índole de varios de sus cuadros, Jerónimo Van Aken debe ser considerado como pintor religioso y moralista.

Segundo. Que ni en todas sus producciones pictóricas ostenta aquel doble carácter, como cultivador que fué de varios géneros, ni yo nunca he sostenido semejante idea, á todas luces inexacta.

Tercero. Que tampoco he sustentado la opinión que parece haberseme atribuido, de que en las dos tablas reproducidas por *Historia y Arte*, deba verse un fin moral ó religioso, y sí solamente un sentido festivo, hállese ó no provisto de la intención satírica.

El Conde de Cedillo, Vizconde de Palazuelos.



JA-943(4)

F.

DESCUBRIMIENTO

DE LA ESTATUA DE CALIXTO III

EN LA CIUDAD DE JÁTIVA

Discurso del Doctor D. Urbano Ferreiro.

Emmo. y Rvdmo. Sr. (1):—Muy Ilbre. Sr. (2):
Setabenses:

Mucho se ha abusado en estos últimos tiempos del acto de levantar estatuas; y en España y fuera de ella las tienen hombres de los cuales quizás lo mejor que pueda decirse es: *non rationiam di lor...* Y sólo quiero recordar aquí la estatua de Jordán Bruno.

Ciertamente la estatuomanía es muy ridícula; pues no por tener estatua vale más un hombre, ni se levanta el que es moralmente pigmeo.

Pero así como es ridículo que se levanten estatuas á los que no son dignos de ellas, merece aprobación y aun encomio que se dispense tan señalada honra á los santos que han llegado á la cumbre de las virtudes, á los genios que han iluminado el mundo con rayos de luz y de gloria, á los hombres eminentes que han prestado á sus conciudadanos servicios insignes.

(1) El Emmo. y Rvdo. Sr. Cardenal Sancha, Arzobispo de Valencia.

(2) El Ayuntamiento de Játiva.

R. 25640

MCD 2022-L5